

LA ERMITA ROMÁNICA
POR
MICAELIS

Durante la realización de uno de los estudios sobre el románico en Aragón, cayó en mis manos una reseña sobre cierta ermita, cuya construcción estaba fechada en la segunda mitad del siglo XII; ermita, al parecer, totalmente desaparecida. Como era una noticia completamente nueva para mí, tomé la decisión de visitar el pueblo donde la información decía que estuvo dicha iglesia, e intentar localizar la ubicación exacta para ver si, por casualidad, quedaba algún resto de ella.

Me puse en contacto con Faustino, un viejo conocido y amigo entrañable, maestro nacional jubilado, que residía en el pueblo. Concerté una cita con él y emprendí el camino.

La horrible carretera por la que tuve que circular, estuvo a punto de conseguir que perdiera todo interés por la ermita y volviera sobre mis pasos, abandonando el viaje. A cada bache o agujero del camino donde se destrozaba mi coche, venían a mi mente unos versos endecasílabos escritos en mi juventud, que decían: “Camino lánquidos de andar, cansinos/ Ralos resquicios de clamar en balde/ Senderos de Aragón abruptos, duros/ Que llegan donde llegan siempre tarde”, recuerdo de algún que otro viaje realizado por parecidas calzadas. El sufrimiento fue gratamente recompensado, cuando al descender un pequeño puerto, ya casi al final del camino, apareció ante mí un minúsculo y precioso valle que escoltaba a la carretera en una amplia recta hasta el pueblo. Poblaba la vereda una enhiesta hilera de álamos, en ambos lados de la vía, semejando a guardianes altísimos, en posición de firmes, estáticos y mudos que como mucho susurrarían sonidos confusos cuando el viento se enredara suavemente entre sus hojas, o gemirían con fuerza cuando el enérgico Cierzo los castigara sin compasión. Al lado derecho de la carretera y acompañando al color verde de los campos de cebadas a punto de granar, destacaban una multitud de plantas floridas formando un manto multicolor que tapizaba todo el ribazo hasta la cuneta de la calzada. Por el otro lado, un riachuelo mínimo cubierto de jara y zarzamora en flor, daban al viaje un final bonito y relajante.

A la entrada del pueblo divisé a Faustino, el maestro amigo, que había de ser mi guía en esta visita cultural. Estaba sentado a la sombra de un castaño común, cuajado de incipientes y arracimadas flores, frente a una especie de escombrera: un amasijo de pequeñas piedras y tejas partidas. Aparqué mi coche a la orilla del camino y me dirigí hacia él.

-Buenos días querido amigo, -se adelantó a mi saludo amablemente, Faustino, con la presteza de un hombre acostumbrado a llevar siempre la iniciativa. Espero que su viaje no haya resultado excesivamente penoso.

-Durante el viaje hubo de todo, amable Faustino. No es esta una carretera muy recomendable –le contesté estrechando su mano.

-Lo siento mucho pero es lo único que tenemos.-Y continuó diciéndome con tono muy serio. -Aquí enfrente tiene Vd. su ermita.

-¿Se refiere a ese montón de piedras?

-Sí, ahí queda una mínima parte de los materiales originales, mezclados con escombros de diferentes procedencias. Las piedras netamente románicas están en otra parte, que luego le enseñaré.

-Entonces, todo esto sería destruido durante la guerra civil. -Deduje.

-No, aquí no hubo batallas, aunque sí existió mucha violencia y miedo pasada la contienda. La ermita, por entonces, ya estaba muy deteriorada y el techo derruido, por descuido de las gentes del pueblo que no tenían excesivo interés por las iglesias. Pero permítame que le relate un hecho que tiene bastante que ver con las piedras que Vd. busca, aunque sea de una manera tangencial. Mediados los años cincuenta del siglo pasado, en este pueblo se instaló la violencia y la locura. Una demencia general se adueñó de la mayoría de las familias que poseían tierras de labor, debido a la muy recomendada y exigida, por el gobierno, concentración parcelaria. No se sabe si con razón o sin ella, todo el pueblo quedó descontento con los lotes de tierras que les habían tocado en suerte. Al parecer, las propiedades antiguas eran mucho mejor que las actuales. Hubo una guerra generalizada incluso entre padres e hijos.

Aquí, a cincuenta metros de donde nosotros estamos -continuó Faustino, señalando un magnífico edificio con extensos jardines que se ubicaba calle arriba-, había un quiñón que por entonces era terreno cultivable, y según decían era el mejor campo de cultivo del pueblo por su situación y rentabilidad. Como puede comprobar, hoy alberga esa hermosa casona. La propiedad pertenecía a una familia de escasos medios económicos y que tenían a este campo como único recurso para subsistir. Por motivos no muy claros y debidos a la concentración parcelaria, esa finca pasó a ser posesión del cacique del pueblo, a la sazón alcalde del lugar.

Como puede comprender, el enfado de los antiguos propietarios (un matrimonio con un hijo varón) fue descomunal: aunque recibieron otra tierra de cultivo a cambio, no igualaba ni con creces la riqueza valorativa de la anterior. Como los recursos administrativos que se incoaron para deshacer la distribución de las parcelas no surtieron efecto, se pasó a las amenazas y peleas, auspiciadas, en parte, por la antigua familia propietaria de la finca que

nos ocupa. La guerra se saldó con la muerte en extrañas condiciones del antiguo dueño del predio y de su hijo, que aparecieron ahorcados en el único árbol de la finca. La justicia no pudo probar nada.

Al poco tiempo, la familia del alcalde se marchó a la ciudad en la que el padre tenía algunos negocios. Pasados unos años, los hijos del cacique llegaron al pueblo con la intención de edificar sobre el solar maldito una casa para la madre, ya que el padre estaba huido en Brasil reclamado por la justicia, imputado por malversación de fondos y blanqueo de capitales. Vinieron con tanta prepotencia que parecían los dueños del lugar y así decidieron que para cimentar bien la edificación de la nueva casa, nada mejor que utilizar las magnificas piedras de la semiderruida ermita románica, destruyendo lo poco que quedaba de ella, incluso algunos frescos que se podían haber salvado.

Faustino, me llevó hasta los muros de aquella casa y pude ver como los sillares de la ermita ennoblecían la parte inferior del edificio. Hermosas piedras, magnífico trabajo de maestros canteros. En una de ellas, en la misma esquina del edificio, pude ver, casi borrada por el tiempo, la marca del cantero.

-¿Nadie protestó? –Pregunté al maestro.

Todavía se tenía mucho miedo a esa familia -argumentó mi interlocutor-, además, la mitad de la gente del pueblo, incluida la familia de los asesinados, se escondieron en lo más profundo de sus bodegas al ver llegar a los muchachos.

-Piedras viejas y nobles para tapar recientes infamias –sentenció tristemente Faustino. Este es un ejemplo de las múltiples barbaridades que se cometieron contra la vida e integridad de las personas y, por añadidura, contra nuestro patrimonio cultural.

Aún permanecimos un tiempo en silencio, uno frente al otro, sopesando tristemente todo lo referido. Fue tan grande el impacto que me causó la narración de estos hechos que perdí todo interés por permanecer un minuto más allí, a pesar que me dolía abandonar a mi amigo Faustino de manera tan precipitada.

Casi sin habla, agradecí, sinceramente, a Faustino toda su amable dedicación y con el alma encogida por tanta barbarie, me dispuse a sufrir la carretera de regreso a la ciudad.